



El cultivo de la calidad humana interior, reto pedagógico del siglo XXI

Teresa Guardans

Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de Costa Rica, con motivo de la inauguración de las “Jornadas Interinstitucionales: Pedagogía, Valores y Espiritualidad” (Heredia; San José, febrero 2010)

En primer lugar deseo agradecer la invitación a participar en estas Jornadas. Poder compartir con ustedes la reflexión y la tarea pedagógica que vamos llevando a cabo, así como tener la posibilidad de conocer el trabajo que están realizando aquí, nos será de gran ayuda para afinar, ampliar perspectivas y tomar en consideración nuevos aspectos y realidades.

Desde hace ya unos años -desde el equipo pedagógico del CETR (www.cetr.net) de Barcelona en el que trabajamos- nos ocupa el dar con formas aptas para facilitar el desarrollo interior de niños y niñas. Lo hacemos en colaboración con varios centros educativos trabajando en proyectos que puedan ayudar a ese desarrollo.

No hay sociedad que no haya cultivado la calidad humana. ¿Por qué entonces hablamos de reto pedagógico del siglo XXI? ¿Qué tiene de peculiar este siglo XXI? ¿Cuál es la novedad?

Estamos tan necesitados hoy como siempre de calidad interior, de grandeza humana, de valores, de esos valores que hacen anteponer el interés colectivo al individual. De esas actitudes que nos llevan a decir que una persona es sabia, es compasiva (es decir: sabe situarse en la piel del otro); que no sólo respeta sino que se compromete con el bien del otro, con el del planeta... que se compromete con el Bien, con la búsqueda de la verdad. Que no sólo “tolera” al otro, al diferente, sino que comprende y acepta desde esa comprensión.

La base sobre la que se asienta y florece esa madurez humana interior –la “calidad humana”– no es el voluntarismo, ni la adquisición de una serie de competencias. La base, en el siglo XXI, en el X o en el –I es y ha sido siempre la experiencia plena, directa, de la realidad. Una experiencia significativa de la realidad, lo menos filtrada posible por mis propios intereses. Esa capacidad humana de interesarse profunda y gratuitamente por la existencia, de dejarse impactar por el existir, es lo que se despliega y toma cuerpo en los hombres y mujeres de calidad (con “espíritu”, con madurez interior). También en el siglo XXI. La naturaleza humana es la misma, la base es la misma, no somos peores. Pero lo que está quedando modificado a toda velocidad es el escenario en el que establecemos la relación con la realidad, cómo la interpretamos, cómo vivimos.

Los niños y niñas de todos los tiempos han aprendido a ser plenamente humanos en relación con sus mayores y en contacto con la realidad, en las condiciones de un determinado entorno social y natural. Pero ese entorno está cambiando a un ritmo tal, la relación con los mayores y con el mundo se está transformando tan rápidamente, que hay que buscar las formas de adecuar los modos en los que se enseña a ser, los modos en los que se pone a niños y niñas en camino hacia la maduración de una forma integral, tomando en consideración todo lo que nos constituye como seres humanos. Y habrá que darse una cierta prisa, si no queremos tener generaciones faltas de sentido de vida, faltas de motivos para amar la vida, para comprometerse con ella, para gozar, para entregarse. De ahí estas reflexiones.

Veamos dónde se sostiene el cultivo de la madurez interior. Veamos algunos de los rasgos peculiares de este siglo XXI; y saquemos de todo ello alguna consecuencia.

¿Cuál es el fundamento de la calidad humana?

El interés interesado por la realidad, lo compartimos con todas las demás especies animales, ese interés que valora la realidad por lo que puede aportarle, que la valora en función de las necesidades, ese, los humanos lo compartimos con los monos capuchinos, con los pizotes o los mosquitos.

Pero ese interés interesado no es el que da sentido a la vida, simplemente mantiene en funcionamiento el engranaje para sobrevivir. No es negativo, somos animales, animales sociales con unas necesidades a cubrir. Si dejara de funcionar el interés interesado sería un suicidio colectivo. Pero lo que no hay que olvidar es que lo peculiar de los seres humanos, es que además de mirar hacia el mundo y los demás en función de lo que necesitamos, somos capaces de mirar y sentir gratuitamente, por el interés mismo de lo que aquí hay; porque las cosas están aquí –existen- y son dignas de veneración.

Y sólo desarrollando ese interés gratuito, genuino, es cuando puede vivirse la realidad como experiencia significativa, sólo desde esa atención hacia lo que existe nos podemos dejar interpelar por lo que *aquí* hay, por ese “corazón que palpita a través de las venas del Universo” –dirá Raimon Panikkar-. Un dejarse interpelar que está en la raíz de la capacidad de comprometerse, en la raíz de un compromiso pleno con la existencia que va mucho más allá del voluntarismo.

Esa capacidad de valorar la existencia es la fuente, la base de la verdadera calidad humana. Emoción fundamental humana, actitud interior de interés gratuito, por que sí, porque lo que tenemos delante y lo que somos se lo vale. Por sí mismo.

Esa capacidad de interesarse no se impone, no es una orden. Pero *puede favorecerse, eso sí. Y favorecer pasa por dar la posibilidad a los niños y niñas de una relación lo más enriquecedora posible con la realidad, con los otros.* Pasa por dar importancia al desarrollo de las capacidades que establecen contacto con la realidad.

Favorecer el interés gratuito es enseñar a ver, a abrir los ojos, el corazón.

Cada época, cada entorno cultural y social, tiene sus puntos fuertes. El mundo de los cazadores ofrecía unas posibilidades, la vida en un entorno agrícola otras, y seguro que este siglo XXI marcado por la explosión de los medios de comunicación, por la innovación y el cambio continuos, ofrecerá sus propias posibilidades. Pero eso es lo que

hay que estudiar. Intentar tomar en cuenta las consecuencias del nuevo escenario, los cambios a nivel de la percepción del mundo, de las relaciones humanas, incluso del funcionamiento cerebral... etc. para podernos preguntar: ¿en qué se basará una experiencia significativa de la realidad para los niños y niñas de la era Internet? ¿Qué percepción tienen del mundo y de sí mismos? ¿Cuál será para ellos la fuente del asombro, la del amor incondicional por la existencia?

No son preguntas nostálgicas. El objetivo de la charla no es evaluar los sistemas económicos, políticos, etc. El objetivo es aportar algo hacia cómo favorecer el desarrollo interior de la infancia y la juventud en la vida que les estamos ofreciendo. La pregunta sobre cuál es la experiencia de realidad en el siglo XXI nos la hemos de hacer de cara a

- poder sacar partido de lo que el nuevo escenario pueda ofrecer
- así como de cara a suplir lo que no ofrece.

Su mundo es el que estamos creando para ellos: el de la explosión de los medios de comunicación, el mundo globalizado, interconectado, el mundo que vive de cambiar e innovar continuamente, que mira permanente hacia adelante –ya no hacia atrás, ya no hacia modelos del pasado-.

Rasgos

Me limitaré a destacar algunos de los aspectos más relevantes del entorno en el que crecen los niños y niñas y que condiciona el desarrollo de sus capacidades; rasgos que se extienden más y más, cuanto más nos alejamos de las formas de vida tradicionales, rurales.

Innovación. Toda el sistema económico-social se sostiene sobre la innovación continua. La sociedad vive de la innovación continua (del consumo de innovación) y lo incita: primero tener celular, el computador, ahora esto, después aquello y, a continuación: cambiar y volver a cambiar. Si se detiene el consumo, amenaza la crisis, el paro, el hambre.... Por tanto:

Usar y tirar. Las cosas no tienen valor por sí mismas, sino por las funciones y aplicaciones que ofrecen.

No es este celular o aquel, sino el servicio que presta: Algo vale mientras no sea superado por las habilidades de otro; sabiendo que todo objeto nace con una fecha de caducidad más y más inmediata, ni interesa, ni compensa, establecer lazos hacia el objeto en sí mismo; el horizonte del interés es la excelencia de las funciones, no el ser en sí. Algo vale mientras no sea superado y... por extensión, "alguien" vale –también- mientras aporte alguna "función" útil. Inconscientemente el modelo propio del consumo se extiende a todos los niveles, a todo tipo de relación (personas o cosas). Retengamos que ahí hay algo que habrá que tener muy en cuenta. *Habrá que ver cómo se completa esa valoración... cómo aprender a ver las realidades desde una perspectiva más compleja, más rica que la simple funcionalidad.*

El mundo a través de la pantalla. Televisión, medios de comunicación, Internet... Situados ante posibilidades inmensas de información y conocimientos, saltando todo tipo de fronteras, de espacio y de tiempo. El acceso a cualquier rincón del planeta con un simple click. Tienen –tenemos- acceso inmediato a un sinnúmero de datos y de imágenes hasta unos niveles nunca imaginados. Conocen (conocemos) a través del computador, se relacionan a través del computador –messenger y redes

sociales-, habitan, crecen y aprenden en el ciberespacio, desarrollando las capacidades propias de ese mundo al que les estamos trasladando. Podríamos decir que cada vez más, viven en el ciberespacio, “habitan” en esa interfaz.

Ese espacio virtual es el “lugar”, el medio al que estamos trasladando las relaciones humanas (pequeños y mayores), donde estamos desarrollando las ocupaciones profesionales, las actividades de ocio, todo. El ciberespacio, el espacio virtual cobra cada día mayor importancia como escenario de vida. Eso conlleva, entre otras cosas, que la percepción de la realidad, la *percepción espacio-temporal, está cobrando autonomía en relación al sistema biológico*. Es decir: todos los tiempos son ahora, los reales y los imaginarios. Todos los espacios son ahora, los reales y los imaginarios.

Tan reales son los elementos del entorno próximo y tangible como lo es el alud de imágenes, e informaciones de todo tipo, que llegan a través de las pantallas (TV, ordenador...). Tan reales las magníficas recreaciones de los dinosaurios y su entorno, como el mundo de Harry Potter, o el planeta Pandora en la película Avatar, o los documentales de los fondos marinos. La realidad no tiene unos límites definidos.

Con esos medios tecnológicos, las posibilidades de abordar la realidad generando interrogación y admiración son inmensas. E igualmente inmensa es la posibilidad de deformarla, de desnaturalizarla.

Otro factor. La innovación tecnológica se sostiene sobre el desarrollo científico, y la descripción científica tiende a convertirse en las únicas gafas a través de las que vemos la realidad. Pero se trata de una descripción científica muy pobre, muy alejada de los interrogantes reales de la ciencia. Una descripción científica que tiende a transmitir a los niños y niñas una visión del mundo en la que todo está resuelto, conocido, descrito, sabido, en la que no queda nada por descubrir. Nada más lejos de lo que son los tanteos reales del quehacer científico.

Esa casi exclusividad del lenguaje conceptual, conlleva que se vaya debilitando la competencia en relación a aquellos lenguajes que no describen sino que profundizan en el valor de las cosas y lo transmiten: el lenguaje poético, el mítico, musical, el arte... etc.

En cuanto a las capacidades intelectuales, ¿cuál será la habilidad intelectual imprescindible para poder manejar adecuadamente ese tsunami de información? Se trata de conseguir la información requerida, con el menor número de pasos. El éxito y la eficacia dependen de la capacidad de selección lo más rápida posible: selección y relación de *inputs* ante una avalancha permanente de informaciones. Cobra cada vez mayor importancia la actitud de tanteo-error, sin modelo previo. Todo lo contrario de las horas y horas, y horas, de alerta, atención, compenetración con el medio natural que se requerían para sobrevivir en un entorno cazador-recolector. O las horas y horas, y horas, de cuidados a la tierra y a sus frutos, de observación de los climas, para asegurarse la supervivencia en un entorno agrícola. No habrá que olvidarlo, sobre todo cuando resulta que nos damos cuenta que la atención directa y continuada a la realidad es un paso imprescindible para generar y fortalecer el lazo hacia ella.

Volviendo a la vida en el ciberespacio y a las nuevas tecnologías.... en cuanto a las relaciones humanas por una parte ofrecen la posibilidad de conectarnos con personas que viven al otro extremo del planeta, y por otro vemos que se sustituye el

cara a cara con el prójimo por una relación virtual: la cara y la cruz de las redes sociales. Es un fenómeno que se está extendiendo a una velocidad de vértigo. Ya no es la relación con gente lejana sino con aquellos compañeros y compañeras con los que se ha compartido el día en las aulas, sin prácticamente comunicación, hasta que cada uno está ya en casa y comienza la “conversación” por messenger, sin el contacto directo con el rostro, la expresión, la mirada del otro. Un tipo de relación que permite esconderse tras la personalidad que uno quiera crearse, pero en la que difícilmente se entra en relación con la persona real.

Situación ambivalente: posibilidad ilimitada de acceso a todo tipo de conocimientos y realidades, posibilidad de colaborar con personas a miles de kms., de vivir realmente en una “aldea global”. Y, a la vez, vivir inmensamente aislados como individuos, sin realmente contacto con la realidad tangible, con los otros.

Otro punto importante: *las coordenadas generacionales.* En el modelo tradicional de vida todo lo importante para sobrevivir lo aportan los mayores, se transmite de una generación a otra. Cuando los conocimientos, las habilidades, el saber en todas sus formas llega o llegaba al presente desde el pasado, los mayores encarnaban el depósito del saber –por el mismo hecho de ser mayores-, eran valor. La madurez era valor.

Hoy se aprende innovando, tanteando, creando, mirando hacia el futuro. Desde la perspectiva de los jóvenes, son ellos los que más saben, se saben mejor adaptados, más hábiles para moverse en el mundo y mejor preparados para innovar. Y la innovación es la fuente de riqueza esencial. ¿Quién enseña a quién?

Ahí está quedando modificado un eje fundamental de la socialización; algo que habrá que analizar a fondo para comprender bien todas sus consecuencias.

Y un dato más: los jóvenes son el comprador potencial (el “segmento”) al que se dirigen un alto porcentaje de los fabricantes; con lo cual, la publicidad halaga extensiva e intensivamente el hecho de ser “joven”, que se presenta como modelo y como objetivo a alcanzar y a conservar. El “éxito” no se logra madurando. El éxito es cosa de jóvenes (sería el mensaje).

Ni la madurez, ni la muerte, han encontrado -de momento- su lugar en la nueva trama cultural.

Favorecer el desarrollo interior

Con estas 4 pinceladas sólo querría destacar que si cada época ha tenido que esforzarse a su manera para dotar de calidad humana interior a las nuevas generaciones, el reto que tenemos planteado hoy es especialmente poderoso.

En primer lugar porque el poder tecnológico del que disponemos, faltos de calidad humana, pone en peligro la mismísima continuidad de la vida sobre este planeta. Y, segundo, porque salta a la vista que el nuevo escenario necesita formas propias de cultivar la calidad humana, sin poderse limitar a repetir modelos heredados. Sin hacer ruido y sin avisar, los referentes absolutos van desapareciendo del escenario de vida, la validez de la voz de la experiencia, de la cadena intergeneracional, pierde terreno; lejos de la repetición de un modelo, la vida en las sociedades de innovación se convierte en un constante fluir, en adaptación y creatividad imparables. En esa situación, lo que sé

hoy anula el saber de ayer, y, a la vez, soy consciente de los límites instrumentales de mi saber de hoy. Resulta imprescindible aprender a aprender; aprender a fluir, a flexibilizarse. Desaparecen los absolutos, se esfuman las certezas perdurables. No sin angustias, crece la conciencia de ser constructores del presente, tan acertadamente como se pueda, pero desde una gran incertidumbre.

En síntesis, nos estamos viendo trasplantados a una realidad de características bien distintas a aquellas para las que teníamos herramientas válidas de transmisión y educación.

Decíamos que la clave de la calidad radica en llegar a amar profunda y gratuitamente la existencia. Y ello pasa por atender/aprehender/comprender... directamente, lo más cerca posible de la realidad, día a día. No se ama aquello con lo que no se está en contacto, lo que no se conoce. Y ese contacto directo cada vez viene menos dado, de por sí, en las actividades cotidianas, si no se le hace un lugar. Hoy con más evidencia que nunca. ¿A qué es a lo que hay que buscar espacio?

A que *los niños y niñas lleguen a contemplar la maravilla que esconde aquello que parece tan evidente* –como decía Kieran Egan-. *“La primera tarea de la educación es enseñar a ver”* nos recuerda Rubem Alves. Despertar el interés, cultivarlo.

Por lo que llevo dicho resulta fácil adivinar que uno de los grandes retos hoy es suplir el poco contacto directo con la realidad (la natural y la humana) que caracteriza la vida de las grandes aglomeraciones urbanas y su contrapartida virtual, ciberespacial, a todos los niveles. La base hoy del cultivo de la calidad humana estará en los esfuerzos por conseguir voltear la mirada de niños y niñas hacia la realidad; en la tarea de abrir el espiral que gira siempre entorno a uno mismo poniéndolos en contacto vital, valioso, con la existencia. La existencia real, no sólo la virtual.

Si al plantearnos el cultivo de la interioridad nos quedáramos al nivel de cómo trabajar una serie de actitudes como pueden ser la tolerancia, la conciencia social, o la conciencia ecológica... etc. nos estaríamos quedando –diría yo- en la superficie, en las ramas, sin tomar en consideración la falta de raíz, de base. Y la falta de raíz es la falta de consistencia de la realidad. No es que la conciencia social o ecológica no sea importante, pero si el corazón no se ha puesto en contacto con el mundo, todo eso queda en voluntarismo, sin fuerza para sostenerse y fructificar en el futuro.

Si la educación es echar la semilla de hombres y mujeres con calidad interior, hay que tomar en consideración la distancia cada vez mayor que existe entre el entorno de actividades humanas y una realidad viva, capaz de palpitar, capaz de generar interés, capaz de motivar la entrega.

Acortar esa distancia: ese es el que se está mostrando como el reto pedagógico, si queremos que las futuras generaciones de adultos sean personas enteras, plenas. Y no sólo capaces de una serie de competencias profesionales.

De la misma forma que se insiste en que el nuevo modelo de vida obliga a aprender a aprender continuamente y que, por tanto, se requiere enseñar a aprender a aprender, no habrá que olvidar el otro nivel: enseñar a ver, a tener noticia de lo que existe,... enseñar a ser. Enseñar a voltear la mirada hacia lo que existe, y “mirada” significa ojos, corazón, mente, todo el ser. Porque en el “ver”, en ese ver que siente y comprende lo que tiene ante sí, participa todo el ser.

Despertar la atención, fortalecerla, como se fortalece la memoria o la capacidad de cálculo. Fortalecerla y motivarla a atender más allá de sí mismo. Si le otorgamos la importancia debida, encontraremos mil ocasiones para lograrlo. A veces como juegos de observación, o como ejercicios de atención, otras como actividades relacionadas con el tema que vayamos a abordar en las aulas: cualquier tema de naturales o de sociales puede quedar limitado a un listado de conceptos a memorizar que da por supuesto que todo se sabe de antemano... O puede convertirse en un campo de exploración de una realidad abierta e inabarcable (sea cual sea el tema a estudiar), echando a andar desde el diálogo, recogiendo lo que se sabe del tema, también lo que no se sabe, poniendo de relieve lo que nos gustaría llegar a saber. Más que transmitir una serie de conceptos y contenidos, se dará importancia a incitar a la interrogación, provocar la duda, animar al diálogo y al debate, a la exploración.

Para despertar el interés el *quid* no está en añadir más actividades a unos horarios ya apretados y cargados. La cuestión no es multiplicar las actividades sino tener como prioridad el llegar a poner a los niños y niñas en contacto con la realidad – con la existencia- de tal manera que sea posible sentir, descubrir, su valor intrínseco.

Avanzar por las vías de la observación y la atención. Y no limitarse sólo a la aproximación conceptual. Se aborde el tema que se aborde es importante hacer participar a los otros lenguajes, esos que nos hablan del valor de las cosas, esos que ponen de relieve su valor sutil, profundo: el arte, la poesía, los mitos... ver cuadros o esculturas relacionadas con el tema, leer algún poema, presentar la riqueza de alguna narración mítica... Una y otra vez, podemos hacer notar que la comprensión que nos ha ofrecido la audición musical, o la lectura de poemas, o el mito, o el cuadro, o la escultura..., ni sustituye ni queda substituida por la aproximación conceptual. Nada sustituye a nada. Todo enriquece, todo ayuda a ir dando grosor a la realidad, nuevas caras, nuevas profundidades. Y poco a poco, el mundo va dejando de ser tan plano e inexpresivo...

Así como vamos abordando la realidad como algo que no se agota, que siempre puede explorarse más y más, también trataremos con los niños y niñas las posibilidades del crecimiento interior. Qué significa crecer por dentro, cómo lo hacemos.

A veces se tratará simplemente de un pequeño toque de atención sobre cómo aumenta y se va desarrollando nuestra capacidad de observar, por ejemplo. Otras dialogando sobre determinadas actitudes, o sobre lo que nos hace felices, o sobre lo que valoramos, o sobre qué significa crecer por dentro... Tomar contacto con la propia realidad personal, aprender a valorarla, a reconocerla, tomar conciencia de que el crecimiento interior es ilimitado (¡y la gran posibilidad humana!), de lo que realmente aporta.... resulta tan necesario y básico como el tomar contacto con la realidad exterior (el Planeta, los otros).

Y en ese ir descubriendo el significado del crecimiento interior, los relatos, los mil ejemplos que podemos encontrar en los grandes tesoros de sabiduría de la humanidad, resultan puntos de partida idóneos para el diálogo, para incitar y alimentar la reflexión.

Todo aquello que forma parte y constituye la calidad humana interior (el respeto, el compromiso, la capacidad de entrega, de acción gratuita, y también el

sentido de gratitud) son *frutos* de una experiencia de vida valiosa, frutos del sentir, del reconocer desde todos los poros la inexplicabilidad de la existencia, el profundo valor de cada ser... Y trabajar en favor del cultivo de la calidad humana es trabajar en favor de que esa constatación, ese impacto, pueda darse, no una vez sino una y otra vez.

En otros tiempos, quizás la imitación del modelo adulto podía ser suficiente argumento para echar a andar, comprometerse y poner en movimiento ese proceso de desarrollo interior. Hoy no. O, como mínimo, no es así para la mayoría (ya he mencionado brevemente la rotura de la cadena intergeneracional). El poder hacer pie en la propia experiencia resulta cada día más imprescindible.

Ese, pensamos, es el gran reto pedagógico del siglo XXI. Sabemos de su necesidad. Se trata de aprender a ser, plenamente, y eso no es cuestión de un rato, de una actividad, de una asignatura. Es una orientación, una orientación que no deja nada al margen y para la que no contamos –nadie– con recetas garantizadas. Cada entorno cultural y social concreto está invitado a buscar el cómo hacerlo.

Estos días en los talleres y actividades en las que se nos ha invitado a participar tendremos ocasión de intercambiar experiencias, reflexionar conjuntamente sobre aspectos de la práctica educativa. Creo que es muy esperanzador poder constatar las innumerables tentativas, reflexiones, puestas en práctica que se dan aquí y allá, partiendo del ser humano como un todo que merece la oportunidad de un desarrollo pleno, en el cual fundamentar el sentido de vida, el gozo y la paz. Sabiendo que no por ello evitaremos –a los niños y niñas– el que tengan que hacer frente –por sí mismos– a las dificultades de la vida. Pero, quizás, habremos logrado dotarles de unos instrumentos con los que poder andar el camino sabiamente, como verdaderos seres humanos.